

Una ofrenda a los dioses (One Shot)

Sandra D'Ambrosio



## Capítulo 1

Los vientos arreciaban las aguas, una fría noche próxima al invierno, de negros nubarrones y presagios aún más oscuros. Las olas azotaban despiadadamente contra piedra y arena. No había dioses dispuestos a escuchar el llanto de aquella criatura. La oscuridad era más negra que el vacío impenetrable, pero hay cosas más oscuras y hediondas arrastrándose por el mundo. El alma de las personas puede ser una cueva tenebrosa que oculta horrores, horrores que ni los peores monstruos de las historias serían capaces de cometer. Porque hay cosas por las que un hombre no tendría reparos en vender su alma por un puñado de poder.

Así fue como un nombre, que ya conocía el poder, pero que no quería soltarlo, pudo conocer esa amarga verdad de la humanidad. Él y su esposa se encontraban ya al final de su vida, o más bien, al final de su fertilidad. No carecían del amor mutuo y como fruto recibieron una pequeña sana e inteligente, el orgullo de ambos. Aunque era diferente, gustaba más de las peleas con niños que las lecciones de baile y corte. Aun así, era muy amada. Pero los años pasaban y el señor necesitaba a un heredero, todos lo necesitan y él lo tenía todo, menos un hijo varón.

Tomó entonces una de las peores determinaciones de su vida. Le habían dicho que, en el burgo, lejos del mar y a los pies del bosque, vivía una anciana que podía curar cualquier mal, cualquier dolencia. Envió soldados en su búsqueda y antes que la luna cambiara la tenía ante sí. Era una viejita tan endeble que parecía poder quebrarse ante la más mínima brisa y se notaba que la vida llena de carencias había hecho mella en su cuerpo. Carecía completamente de dientes y tenía muy poco cabello, apenas una pelusa blanquecina sobre un cráneo arrugado y manchado por el sol. La anciana escuchó sus demandas, eran órdenes desde la investidura de su señorío, no rogaba por el bienestar de su familia, lo ordenaba por el futuro de su apellido. Cuando las palabras de ese señor que debería proteger a su pueblo se agotaron, ella comenzó a hablar.

—Mi señor, usted quiere un hijo para sentarlo en el mismo salón desde el que usted gobierna nuestras vidas. Deberá saber que sufrimos hambre e injusticias de la mano de aquellos que deberían asegurar nuestra protección. Por esto, mi única condición a cambio de mis servicios es que dirija con mano dura a sus hombres para que se acaben los tiempos de angustia. Nada más.

—¿Nada más vas a pedirme, ni aun una hogaza de pan?

—Puedo proveerla por mi misma, mi señor. Pero no puedo impartir justicia, por eso se la pido a usted.

—Es en verdad un precio muy bajo que estoy dispuesto a pagar. Le doy mi palabra que el pueblo ya no sufrirá más iniquidades de mis hombres.

—No se confunda. El precio puede parecer leve, pero con el tiempo, los hombres olvidan sus promesas y si así lo hiciera usted, el precio a pagar será entonces demasiado elevado.

Y así se hizo, y las palabras de la anciana se elevaron en la noche, en la habitación de la esposa del señor de aquellas tierras y la fortuna por fin acompañó al matrimonio, bendiciéndolos con un retoño. Las matronas de la mansión vaticinaban un niño saludable y aquellas raramente se equivocaban. Hubo júbilo y celebraciones, pomposidad y ostentación. Y conforme el niño se iba formando en el vientre de su madre, el señor olvidó la deuda que había contraído y el pueblo nunca dejó de sufrir iniquidades. Entonces conoció el verdadero precio del incumplimiento.

Luego de meses de un embarazo más que complicado, con constantes pérdidas y dolores intolerables, la esposa del hombre había parido a su último hijo, era evidente que no podría volver a procrear. Pero luego del parto, todo se había complicado. Había sangrado más de lo normal y la placenta no había podido ser quitada por completo, causando una terrible infección que había hundido a su esposa en una fiebre tan alta que gritaba implorando la muerte para poder escapar de los demonios que su delirio le mostraban. Incluso el pequeño había nacido con pocas probabilidades de sobrevivir.

Un consejero había sembrado la duda en la mente de aquel conflictuado hombre. «Entrega a tu hija a cambio de la vida de tu esposa y tu hijo». Siempre un niño era más útil para un padre que una niña, y más esa niña. La pequeña había mostrado signos de no interesarle la corte y lo que a una dama de su status le puede servir. En apariencia era una niña, pero sabía pescar, cazar pequeños animales y pasaba muchas horas en las caballerizas peinando los caballos de su padre. Todo lo había aprendido de él, que gustaba de esas actividades, ella parecía disfrutar de todo lo que él disfrutaba. Pero no era prudente para sus planes políticos.

En unos cuántos años sería el momento de entregarla en matrimonio a algún señor que diera a la familia más recursos. Pero la pequeña sólo quería vivir una infancia como los niños de las aldeas vecinas. Quería jugar con ellos, pero no le estaba permitido. Aunque en muchas ocasiones escapaba y lograba su cometido. No podía evitar querer ser libre, para poder correr por los campos de trigo y disfrutar del sol, y luego sedienta ir a beber agua cristalina de los ríos. Pero los últimos años se habían vuelto negros, y los ríos cristalinos ahora cargaban cadáveres podridos e hinchados por el agua y en muchos lugares, las escasas lluvias habían hecho de pequeños lagos, lodazales infestados de insectos y animales moribundos. En pocos años había pasado de vivir en un mundo de ensueños a un infierno de hombres. Aun así, era su mundo y disfrutaba

correr entre los campos de trigo, que cada vez mermaban más y más. Pero ahora ya no habría campos de trigo, ni aguas de río, su padre había dado la orden de atarla a un esquife maltrecho y dejarla a la deriva, para que los dioses decidieran que hacer con ella, en aquel mar negro de olas monstruosas. El miedo la embargó desde el primer momento en que las enormes manos de un hombre de proporciones gigantescas la habían tomado por la fuerza. Ella creía que era por haberse escapado a jugar con los niños aldeanos, su padre la miraba mientras el hombre la levantó por los aires y comenzó a cargarla.

—Lo siento, padre, no vuelvo a hacerlo. —Comenzó a gritar la pequeña.

Aquel señor, que una vez tuvo en brazos a aquella pequeña y la observaba creciendo con cariño pero sin exageradas muestras de afecto, ahora la miraba con el semblante duro, mientras el otro hombre la cargaba.

—Padre, no me dejes con este hombre feo y malo. Quiero ir contigo y con madre.

La frialdad en la mirada del hombre era terrible y la niña comenzó a comprender que esta vez no sería una simple reprimenda lo que recibiría. No hubo respuesta a las súplicas de la niña, quien pudo observar que se acercaban cada vez más a un carro. El gigante la sentó en él y comenzó a atarla.

—Padre, no me dejes con este gigante, me da miedo.

Ella conocía bien al gigante, nunca le había tenido aprecio a la pequeña. No era más que un hombre bastante más grande que los normales, pero a los ojos de la niña, era desproporcionadamente titánico. El gigante se subió al carro y comenzó a tirar de la yunta. Su padre montó su caballo para seguirlos con la mirada fría, haciendo oídos sordos a las súplicas de la pequeña. En el camino, la niña seguía pidiendo perdón, jurando no volver a huir a las aldeas, aprender las costumbres de la corte y vestirse con finos vestidos. Pero sus ruegos no recibían respuesta de aquel hombre que había endurecido su semblante como nunca antes lo había visto. Rogaba, prometía, juraba, pero nada que dijera parecía hacerlo cambiar de parecer. La marcha se prolongó unos días, por las noches, la pequeña caía rendida por el esfuerzo de suplicar a gritos y llorar, esperando la compasión de su padre. Cuando despertaba, el carro ya estaba en marcha. Sea donde fuera que se dirigieran, parecían llevar prisa. Siguió un apenas bifurcado camino, hasta llegar a una bahía que la niña desconocía por completo. Sentir la brisa marina en su rostro la había tranquilizado un poco, aunque la tranquilidad sólo duró lo que dura una flor, y como ella, la alegría de la niña se marchitó para siempre en sus ojos. Apenas llegaron a las orillas del mar, el gigante la llevó a aquella

pequeña embarcación, y las súplicas volvieron.

—Padre, ¿qué hace el gigante? Él es malo, me quiere hacer algo malo.

Su padre seguía mirándola con la misma frialdad, más duro que la roca y el acero. La niña comenzó a llorar, primero un sollozo, luego un llanto desgarrado en la noche, mientras trataba de hurgar en su memoria, para encontrar a aquel hombre que un tiempo la trató con un poco más de cariño, que le había enseñado a pescar, a cazar. Ahora era un desconocido que parecía hacer caso omiso a las palabras de la niña.

—¿La amordazo? —Inquirió el gigante a su señor.

—No —Fue la respuesta seca de aquel hombre. Ya era demasiado terrible lo que estaba haciendo, al menos le permitiría llorar y gritar. Si era que los dioses decidían acabar con su vida él no podría hacer nada, su destino había sido sellado el día que él consultó sus problemas con el consejero.

—Padre, no, quiero volver a casa. ¡Padre!

El gigante largó el esquife al agua y se metió en ella para empujar la embarcación, de modo que las aguas se la llevaran. Sólo en el último instante, el hombre se dignó a hablarle a su hija, a modo de despedida. Se acercó a las orillas de aquel mar revuelto, mirando a la lejanía, meditando hacia donde la estaba enviando y luego la miró a ella.

—Aireena, lo siento. Es por tu madre. Que los dioses se apiaden de tu alma.

Los dioses parecían no estar bien dispuestos esa noche, pues viento y tormenta clamaban vidas en aquel mar de furia vestido. Esas fueron las últimas palabras que la pequeña escuchó de su padre. Su corazón se estrujó de dolor pensando que nunca volvería a ver aquellos campos de trigo, o las ondas de viento sobre el río. Ya no vería más que agua de mar y nubarrones negros surcados por relámpagos. Por unas horas siguió llorando, pero no hubo nadie para responder a su dolor. Sólo viento y grandes olas. La lluvia estaba próxima. Entonces calló y se abandonó a su suerte. Ya no lucharía más, su padre había decidido su destino y nada podría cambiarlo ya. Las gotas comenzaron a repiquetear en su rostro. Dejó caer su cabeza hacia un costado, y el cabello rubio empapado tapó los párpados que cubrían aquellos ojos verdes, que antaño estuvieron llenos de felicidad, pero ahora estaban vacíos por el dolor y el abandono. El frío comenzó a calar sus huesos y los latidos de su corazón comenzaron a debilitarse. Se dejó llevar, por el sueño y la tristeza, y comenzó a vagar por los oscuros caminos de su joven y atribulada mente. Sólo esperaba que de llegar la muerte, la abrazara rápidamente para nunca más soltarla. Su visión se hizo negra y abandonó la vida, sin poder así evitar la muerte

de su madre y su pequeño hermano.

Esa misma noche, tres personas murieron, dejando al señor de esas tierras sin esposa, descendencia ni heredero. El amanecer llegó con la sangre del consejero en manos de su señor y con la propia esparcida por las caballerizas, donde tantas veces había compartido con su hija historias de tiempos menos aciagos.